

Historias de la vida

Libro de lecturas



**Claves para
trabajar en
armonía**

EMPLEADO DEL
MES





EMPLEADO
DEL
MES

MEVYT Modelo
Educación
para la Vida
y el Trabajo

Créditos a la presente edición

Coordinación académica

Sara Elena Mendoza Ortega

Autoría

Leticia Guido Soria

Asesoría y revisión técnico-pedagógica

Leticia Placencia Ordaz

Coordinación gráfica y cuidado de la edición

Greta Sánchez Muñoz

Adriana Barraza Hernández

Jorge Alberto Nava Rodríguez

Seguimiento editorial

Ma. del Carmen Cano Aguilar

Revisión editorial

Eliseo Brena Becerril

Alejandro Silva Solís

Laura Sainz Olivares

Ruth González Balvanera

Erika María Luisa Lozano Pérez

Diseño y diagramación

Paloma Casados Palomares

Ricardo Pérez Rovira

Jorge Alfredo Amaya López

Ilustración

Vanessa Hernández Guzmao

Diseño de portada

Lourdes Martínez Domínguez

Ilustración de portada

Maya Selene García López

Claves para trabajar en armonía. Libro de lecturas Historias de la vida. D. R. © Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, col. Condesa. México, D.F., C.P. 06140. Primera edición 2008.

Esta obra es propiedad intelectual de su autora, y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Respetuosos del derecho de autor, autores y editores de esta publicación tuvimos cuidado en obtener por escrito las autorizaciones para reproducir todas las imágenes y/o los textos aquí incluidos; sin embargo, algunas veces no fue posible determinar el titular de su propiedad intelectual. En caso de inconformidad, favor de comunicarse a este Instituto para hacer la aclaración correspondiente.

ISBN Modelo Educación para la Vida y el Trabajo. Obra completa: 970-23-0274-9

ISBN Claves para trabajar en armonía. Libro de lecturas Historias de la vida: 978-970-23-0770-9

Impreso en México



Índice

Presentación	4
Al que no habla, Dios no lo oye	5
Dime con quién andas y te diré quién eres	10
No hay mal que por bien no venga	15
Cada quien cosecha lo que siembra	20
El respeto al derecho ajeno... ..	25
El que persevera, alcanza	30
Cosas bien pensadas, acciones acertadas	34
Más vale tarde que nunca	38
Un concierto de buenas voluntades	42
El ideal no es sino la verdad a distancia	45



Presentación

En las siguientes páginas encontrarás relatos de la vida diaria, sobre asuntos que suceden todos los días, que podrían pasarte o ya te han sucedido. En estas historias se cuentan hechos comunes que, como todas las experiencias de la vida diaria, nos pueden dar grandes enseñanzas si sabemos ver con ojos y corazón bien abiertos.

Dichas historias buscan enseñarte a apreciar las experiencias propias y encontrar aprendizajes en tu propia vida. En la medida en que reconozcas en los personajes a personas que conoces y a ti mismo, sabrás que la vida te ofrece la oportunidad de mostrarte caminos nuevos que, si los sabes reconocer, te ayudarán en tu trayecto para alcanzar una mejor calidad de vida para ti y tu familia.

El propósito de los relatos que leerás es demostrarte la manera en que los personajes viven los principales valores y actitudes que has aprendido en tu Libro del adulto. Reconócelos en ellos, pero también en las historias que suceden día a día.

Valor: Responsabilidad
Actitudes: Orden y puntualidad

Al que no habla, Dios no lo oye

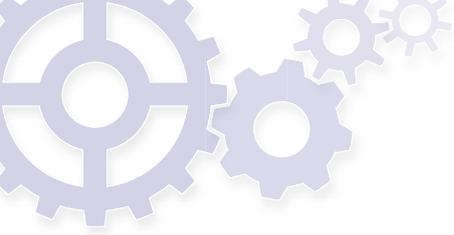
Rosita no sabe qué la angustia más, si la respiración que se escapa dolorosamente de sus pulmones o la tragedia que adivina detrás de esa puerta que casi toca con sus dedos.

—Cálmate, Rosa, cálmate, no pasó nada, todo está bien. No se oye ni se ve nada raro, no huele tampoco a quemado.

La joven duda un momento, pero al fin abre apresuradamente la puerta del comedor de obreros de la fábrica, precipitándose ruidosamente al interior. Adentro se acerca cautelosa a las parrillas alineadas y advierte dos enormes ollas cochambrosas que a ella le parecen como focos rojos con alarmas que le cuentan a todo el mundo su actitud desobligada.

—Menos mal que no olvidé apagar la hornilla, eso pasa por salir corriendo —dijo Rosita.





—¡Ay!, qué susto me dio, doña Tencha, usted me va a volver cardiaca un día de estos. Parece fantasma, nunca siento cuando llega.

—No me distraigas, porque lo que tengo que decirte es muy importante. ¡No vuelvas a dejar el gas abierto! ¿Entendido?

—Sí, doña Tencha, perdóneme, ésta es la primera y última vez que pasa.

—No sé qué tienes últimamente, que estás muy distraída. ¿Qué te pasa, tienes algún problema, tu papá se volvió a enfermar?



—No, doña Tencha, no es eso, mi papá está bien, no me pasa nada, perdóneme usted, le prometo que no vuelve a pasar.

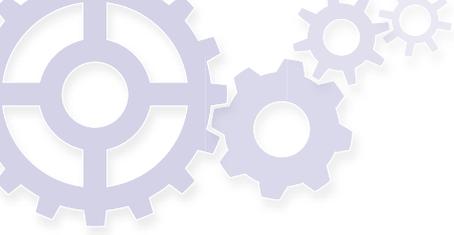
—Más te vale, hija, porque esto es muy peligroso. Hasta mañana, que descanses.

Rosita se queda como clavada en medio de la cocina, entre avergonzada y asustada, pensando en voz alta.

—No sé qué hacer, la verdad es que me gusta mucho estar en el grupo de danza folclórica de la fábrica. Me encanta bailar y compartir eso con Miguel, mi novio. Además, todos en el grupo son buena onda, tenemos los mismos gustos. Cuando estoy con ellos se me pasa el tiempo volando, y ahí Miguel y yo nos estamos conociendo mejor. Pero, por otro lado, este trabajo de ayudante en la cocina de la fábrica también me gusta, y con lo que gano ayudo en los gastos de la casa, me compro mi ropa y de paso ahorro para los malos tiempos. Lástima que los ensayos empiezan una hora antes de mi salida, justo cuando acostumbraba lavar las parrillas. Y por más que me doy prisa, por las carreras, algo se me olvida y luego doña Tencha me da mis buenas regañadotas.

La noche llega y encuentra a Rosita y Miguel platicando.





—¿Qué le pasa, bonita?, está como triste o preocupada, aligere sus penas con este muchachón que la quiere mucho.

—La mera verdad sí estoy preocupada por lo que te había comentado. Creo que me voy a tener que salir del grupo de danza. Mira, Miguel, yo quiero que los demás me respeten por mis actitudes y por la estima que le doy a lo que hago y decido. Pongo en mis tareas todo el cuidado para cumplirlas excelentemente, y si alguna vez me equivoco, estoy abierta a reconocer y aceptar las consecuencias para mejorar mi trabajo. Cualquier cosa que uno haga en la vida es valiosa e importante si se le ponen todas las ganas.

—Ahora sí que te oíste bien sabia, mi Rosi, me gusta oírte hablar así, y me da gusto también que los dos pensemos igual. Eso se llama **responsabilidad**. No se me achicopale, se me ocurre que la solución está en hablar con tu jefa y plantearle claramente el problema. Vuelve a preguntarle tus obligaciones, exprésale tus dudas y pídele ayuda para que cumplas bien con tu trabajo. A lo mejor poniéndote de acuerdo con el resto de tus compañeras de cocina, encuentras alguna que salga más temprano y cambia tarea contigo y se soluciona el problema, ¿no crees?

—Tienes razón, ¡mañana mismo hago eso que me dices!



Y la noche deja a Rosita descansando para el próximo día de trabajo.

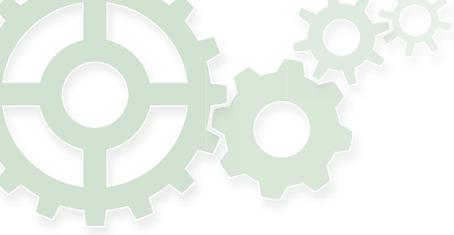
—¡Buenos días!, doña Tencha, qué bonito amaneció el día, ¿verdad? Quiero consultarle algo, ¿podemos hablar?

La mujer asiente y se dispone a escuchar con atención, mientras se seca las manos en el delantal y, poco a poco, Rosita le explica su problema y doña Tencha no tarda mucho en encontrar la solución perfecta.

—Mira, hija, Lolita se va a tu turno y tú, desde mañana, entras a las ocho de la mañana para salir a las cuatro de la tarde. Sólo te pido que seas puntual, como siempre, pues la responsabilidad debe ir acompañada de orden y puntualidad.

—¡Ah, y no te olvides de invitarnos a todas la próxima vez que bailes con Miguel!





Valor: Cooperación
Actitudes: Responsabilidad

Dime con quién andas y te dire quién eres



La calle está más larga que nunca y al alcoholizado Tomás se le antojan interminables los diez metros que lo separan de la puerta de su casa. Apenas llega, abre con mucho trabajo, tratando de no hacer ruido. Una vez adentro, decide acostarse en el desvencijado sofá de la sala para no provocar una escena de reproche por parte de su esposa.

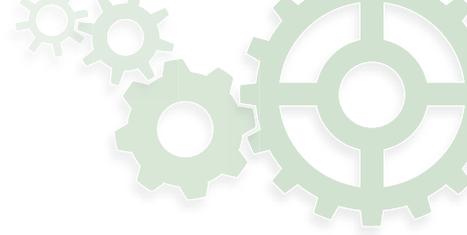
Amanece, lo despiertan movimientos bruscos y palabras cargadas de enojo.

—Ya estoy cansada, otra vez lo mismo. Y dime, ¿quién fue el celebrado esta vez?

Otilia mira con enfado a Tomás y ni siquiera espera su respuesta, da media vuelta y se va mientras le dice:

—¡Apúrate, vas a llegar tarde al trabajo!

En la oficina del Departamento Central, todos los hombres se mueven sin prisa, con desgano, los envuelve el sopor que dejan las desveladas.



—¿Hasta qué horas te fuiste a tu casa, Tomás? Cuando yo me salí, tú todavía estabas ahí.

—Cómo quieres que sepa, hombre, si en la festividad perdí el reloj. Ahora sí voy a cumplir mi promesa de no irme de parranda entre semana, Raúl.

—Eso sí que no, hoy es cumpleaños de Alberto, ¡tenemos que celebrarlo!

—La cooperación es de \$100.00 pesos por cabeza, ya sabes, cada quien paga lo suyo. ¡Caete con la lana!

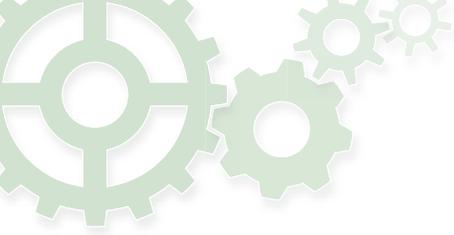
En ese preciso momento llegan dos jóvenes modestamente vestidas de blanco, con la insignia de la Cruz Roja, pidiendo para la colecta anual de la benemérita institución.

—Señores, ¿son tan amables de cooperar, por favor?

Como si hubieran sido alcanzados por un rayo, los dos amigos guardan el billete que iban a entregar para el festejo de Alberto y balbucean que no traen cambio, que acaban de cooperar. Las muchachas dan las gracias y se alejan.

—Bueno, ya se fueron, ahora sí, dame el billete.

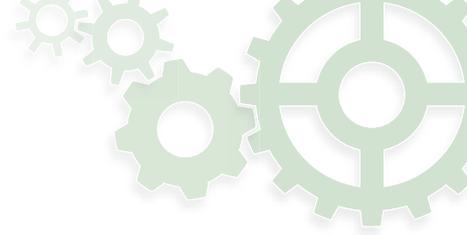




Y esta vez entra Socorrito, la de nóminas, con una actitud exagerada de preocupación.

—Muchachos, necesito de su cooperación, atropellaron a la hijita de Lupita, la señora que nos vende las tortas en la esquina, y la pobre no cuenta con Seguro Social. La niña estaba sentada en la banqueta, pero ya ven qué peligrosa es esta avenida, cada rato hay accidentes; se descontroló un carro, se subió a la acera, y lastimó gravemente a la niña. La cosa es que necesita urgentemente dinero, por eso ando pidiendo ayuda.





Como por arte de magia, el billete desaparece otra vez de manos que no quieren cooperar.

—Se me perdió la cartera ahorita en la mañana.

—Me quedé sin cambio.

—Traigo sólo lo justo para subsistir la quincena.

—Olvidé el dinero en casa...

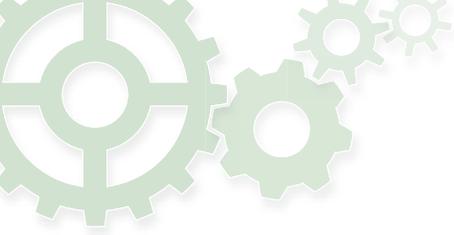
La compadecida mujer se aleja moviendo la cabeza y maldiciendo entre dientes.

—Por poquito y Alberto se queda sin festejo. ¡Qué bueno que la Choco se dio por vencida pronto! Oye, ¿a dónde vamos a llevar al Beto?

—Él insiste en ir a un lugarcito que dice es muy barato, aunque está algo retirado de aquí; pero es su cumpleaños, hay que darle gusto.

Las horas pasan lentamente, hasta que por fin dan las siete y media y los empleados, reanimados con la esperanza de disfrutar de un buen descanso después de cumplir con sus labores, se encaminan al reloj checador.

Raúl duda un poco entre ir con los amigos o irse a su casa. Esa mañana Laurita, su hija, le reprochó porque casi no lo ve, y le pidió a su mamá que la llevara por la noche a esperar a su papá afuera



del edificio de la oficina. Sin embargo, son pocos segundos de indecisión, al fin se convence a sí mismo de que “no tiene nada de malo ir a divertirse un rato, al fin qué, ¡total!, en cuanto pueda me voy para mi casa”.

Se reúnen todos en el lugar convenido. En lo que esperan a Alberto, observan a un grupo regular de gente que se reúne alrededor de dos personas caídas sobre la orilla de la calle. Acaban de ser atropelladas y parecen graves, pues están totalmente inmóviles. Los minutos pasan y, cuando llega la ambulancia, llega también el amigo que esperaban. Todos se encaminan a la esquina para tomar un taxi cuando Raúl alcanza a reconocer a Norma y a Laurita que están siendo subidas a la ambulancia de la Cruz Roja.



Todas las emociones juntas le golpean la cara a Raúl mientras corre hacia ellas. Su egoísmo, su falta de sensibilidad y compasión le hacen sentir una vergüenza tan grande, que se promete con toda el alma, en el futuro, revalorar las cosas importantes de su vida.

No hay mal que por bien no venga

Los pasos lentos de don Lupe le avisan a Aurelio que todo sigue igual de mal, o peor. Le sigue con la mirada hasta que su patrón cierra la puerta de la pequeña oficina, con desgano. Toca la puerta pausadamente y entra. Don Lupe se encuentra mirando los patios de su fabriquitita de candiles, lámparas y accesorios de cobre, sin darse cuenta siquiera de que su empleado de confianza está junto a él.



—¿Qué pasa patrón?, ¿cómo le fue? El modesto empresario sale de su ensimismamiento y, con un suspiro, le responde:

—Mal, Aurelio, muy mal. Yo creo que vamos a cerrar, esto ya se torció.

—Pero patrón, algún remedio ha de haber, ¿qué le dijeron?

—Que el cobre subió otra vez 80%, o sea que ya es 200% más caro que el año pasa-



do; y así pues ya no sale, porque los chinos están demandando cobre, y éste escasea.

Aurelio abre los ojos mordiéndose los labios.

—¿Y está seguro de que esto no es pasajero?

—No, hombre, no. La verdad no entiendo mucho de tecnología, ni de finanzas o tasas de interés. Sólo sé que ha bajado la producción de plata en la industria fotográfica, y esto repercute en el alza del cobre, que es nuestra materia prima. Para qué darle más vueltas, mañana me juntas a los trabajadores en el patio a las ocho y media de la mañana para darles la noticia de que cerramos en tres meses.





Y ahora vete a trabajar, que tengo que hacer muchas cuentas.

Aurelio sale y se incorpora a su trabajo, que es el ensamblado de un candil precioso de veinte luces.

El día de trabajo terminó, todos se retiran a descansar, y esa noche don Lupe no puede dormir. Afortunadamente llega el nuevo día y, puntualmente, cuando ya están reunidos los obreros, el patrón, escogiendo cuidadosamente sus palabras, les explica a sus trabajadores la situación del negocio.

Al terminar, don Lupe se mete a su oficina y los hombres se quedan anonadados, comentando.

—Ni modo, otra vez a buscar chamba.

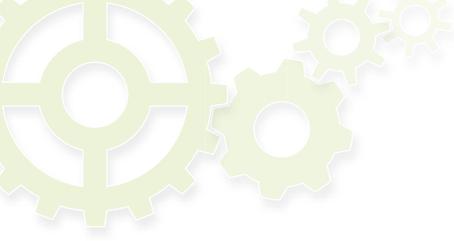
—Y ya ven cuánto escasean los buenos trabajos.

—Ya han cerrado las otras dos fábricas de este rumbo.

—Me voy a tener que regresar a mi rancho.

—Vamos a tener que pagar el precio de que don Lupe no sepa hacer negocios.

Aurelio se siente solidario con sus compañeros, pero también con su patrón, y le molesta este último comentario.



—No, Remigio, esto no es culpa de don Lupe, debemos apoyarlo hasta el final. Él siempre se ha portado bien con nosotros. ¿Ya no te acuerdas cuando te apoyó para que tu muchacho entrara a la universidad?

—Y tú, Juan, ¿ya olvidaste cuando te pagó el viaje para ir a ver a tu madre enferma? Allá ustedes, pero recuerden que la lealtad es la bandera de las almas nobles.

Aurelio se aleja hacia la mesa, donde prosigue con su trabajo. Los demás operarios se van también a trabajar, sólo quedan seis comentando la noticia.

—No se preocupen, me late que la construcción ésa de la esquina norte va a ser una fábrica; mañana averiguo —dice Pedro—, un empleado que tiene diez hijos.

Aurelio, el fiel empleado, ve tan decaído a don Lupe, que trata de animarlo con cualquier pretexto, por eso se asombra un día que su patrón llega muy contento.

—Ven, Aurelio, ven, quiero comentarte algo. Mira, acabo de descubrir que adaptando nuestros diseños y proyectando otros productos nuevos, podemos usar la plata como materia prima. Si logramos apoyo para exportar, vamos a ganar más. Ya ves que en Europa este metal es muy apreciado. Al principio vamos a tener que abrir mercado, pero yo creo que nos iría muy bien. ¿Qué te parece?



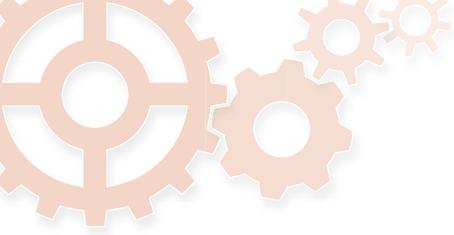
—¡Claro patrón!, cuente conmigo para lo que sea, y sería bueno que hablara con todos los muchachos para que se tranquilizaran, cuénteles los planes.

Don Lupe sigue el consejo de su leal colaborador, pero no encuentra mucho interés, la verdad es que la mayoría se ha registrado en una curtiduría que va a empezar a operar muy pronto, cerca de ahí. Los trabajadores no sólo no apoyan al patrón, sino que le echan la culpa del cierre de la empresa. Tanto así, que cuando ya don Lupe tiene lo necesario para empezar el nuevo proyecto, todos se van a trabajar al otro lado. Bueno, todos no, ya que se quedan Aurelio y Candelario, que valoran la lealtad como el camino más corto entre dos corazones.

Don Lupe comienza su nueva empresa con cinco operarios, pero con tantas ganas que fructifica su esfuerzo en muchas piezas para exportar, y al poco tiempo aumentan las ganancias, lo que se refleja en los sueldos.

Ahora sí, todo es abundancia y prosperidad, no así en la curtiduría, que por necesitar mucha agua para su funcionamiento, pronto tiene que cerrar, porque en esa colonia escasea el líquido y los planificadores del proyecto no tomaron en cuenta este pequeño detalle.





Valor: Honestidad
Actitudes: Integridad y confianza

Cada quien cosecha lo que siembra



Don Matías está feliz, es tan buena la noticia que acaba de recibir que saborea de antemano la alegría que va a sentir su familia.

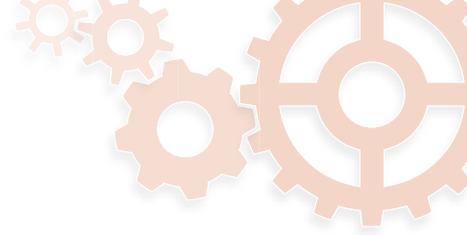
—Qué gusto me da, al fin me puedo jubilar. La verdad es que últimamente me he sentido muy cansado. Los años no pasan en balde, trabajé 30 años en la fábrica de muebles y siento que siempre di mi mejor esfuerzo. Durante todo ese tiempo sólo una vez llegué tarde; nunca falté a mi jornada y siempre trabajé gustoso.

Reflexiona en estas últimas palabras al abrir la puerta de su casa.

—¡Ya llegué, vieja, y traigo mucha hambre!

Doña Martha le contesta desde la cocina.

—Pues córrale para la mesa, acá lo está esperando su comida bien calientita.



—Mmmm, ¿qué guisaste que huele tan rico?

Para cuando termina la frase, don Matías ya está lavándose las manos que, después, se seca en la orilla del mantel, justo antes de sentarse a la mesa familiar frente a su hijo Nicolás y su hija Rosita.

—Les traigo una buenísima noticia. Me acaban de informar que ya llegó mi jubilación.

Todos se muestran felices y abrazan a don Matías.

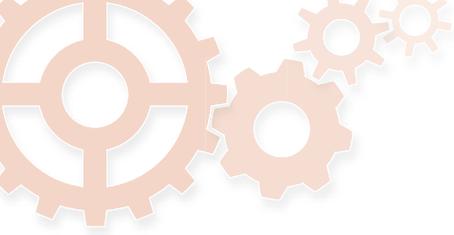
—Qué bueno, viejo, ahora sí ya vas a poder tener un tallercito propio sin presiones de horarios —dijo doña Martha.

—Sí, papá, pero primero tienes que tomar vacaciones, desde hace días que te noto muy cansado —aseveró Rosita.

—Felicidades, *jefe* —agregó Nicolás—, la verdad, mereces estar ya más tranquilo, cosechando lo que has sembrado durante tantos años.

Todos siguen comiendo y celebrando el feliz acontecimiento. Al otro día, don Matías comunica a su jefe su decisión de retirarse inmediatamente del trabajo.

—Sí, don Matías, comprendo su prisa por irse a descansar; sin embargo, yo le pido que termine con el último trabajo que se le



pidió hasta el día de ayer, yo creo que será cuestión de esta semana, ¿no cree?

El buen hombre se siente un poco frustrado, pues esperaba retirarse a más tardar al día siguiente. Malhumorado, reinicia su trabajo, pero tan rápido se concentra en su labor que se le pasa el tiempo sin sentir. Y así se sucede un día tras otro hasta que llega el viernes y, satisfecho, se acerca a su jefe para decirle que ya terminó todo el trabajo pendiente y que, ahora sí, desea retirarse.

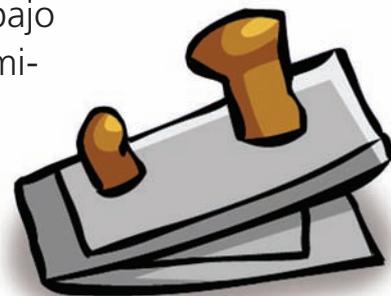
—¿Sabe qué, don Matías?, hay un pedido muy importante de último momento. Este cliente es muy exigente, sabe mucho de muebles bien hechos, y como usted es mi mejor trabajador, el de más experiencia, le ruego que se quede otra semana para hacer este encargo. Se lo pido como un favor personal, haga este último trabajo, tómese el tiempo necesario.

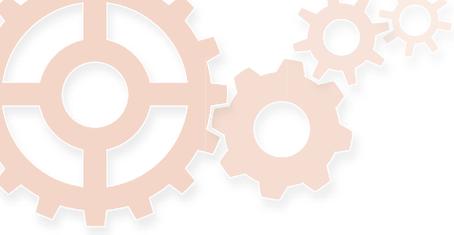


Don Matías, fastidiado, no tiene más remedio que aceptar y resignado regresa el lunes siguiente a trabajar.

—Siempre he sido muy cumplido y honrado, la verdad es que siento que el señor González se está aprovechando de que nunca digo que no a la chamba. Investigué y no se ha recibido un pedido nuevo desde hace dos semanas. Además, eso de que quiere que yo escoja el color es porque sabe que se está pasando de la raya, a mí lo único que me importa en este momento es ya no venir a trabajar. En fin, voy a hacer esos muebles sin tantos adornos, la ebanistería es un arte precioso y me gusta que los trabajos que hago sean verdaderas joyas de madera, pero por ahora sólo quiero acabar pronto (al fin y al cabo, ni modo que pierda el trabajo, y aunque se enoje el jefe ya estoy a punto de jubilarme).

Así que realiza su último trabajo sin ponerle el esmero acostumbrado, por lo que resulta un trabajo muy pobre y de poca calidad. Cuando al fin termina, va a reportarlo a su jefe, y éste le pide que lo acompañe a las bodegas para admirar los muebles. Don Matías lo sigue un poco avergonzado, porque sabe que no hizo un buen trabajo; lo sigue temeroso y, una vez que llegan a su destino, el señor González le dice:





—Señor, éste es nuestro regalo para usted, siempre se ha distinguido por ser un buen trabajador, confiable e íntegro, y la fábrica así se lo agradece. Lévese estos muebles y disfrútelos con su familia, seguramente son tan bellos y están tan bien contruidos como todo lo que usted hace. ¡Felicidades!

El hombre siente que la vergüenza lo llena por completo: no ha sido honesto, no ha tenido el valor de expresar a tiempo lo que verdaderamente siente; y en ese momento recuerda lo que su madre siempre le decía: “Una persona honesta renuncia al provecho inmediato si éste contradice sus valores”.



Valor: Respeto
Actitudes: Amabilidad y tolerancia

El respeto al derecho ajeno...

Se miraba en el espejo, sus ojos estaban llenos de ansiedad y miedo.

Miguel sabía que tenía que hablar de sus planes durante el desayuno, antes de ir a esperar el colectivo a la Avenida Central. Pero no hallaba cómo empezar a hablar con su padre.

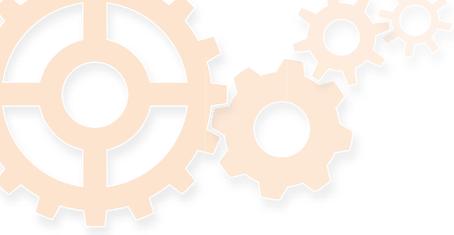


—Mi papá es muy corajudo —pensaba Miguel—, se enoja, y ya no entiende razones, por eso tengo que hablar rápido y claro. Bueno, ¡pues ahí voy!

El joven sale de su cuartito para recibir, en plena cara, un grito de su madre, que le pide que se apure para que no se le vaya a hacer tarde.

Y, como todos los días, su padre ya está tomando café sentado a la mesa.

—Ándele, *mijo*, tómese su licuado y píntese pá la chamba.



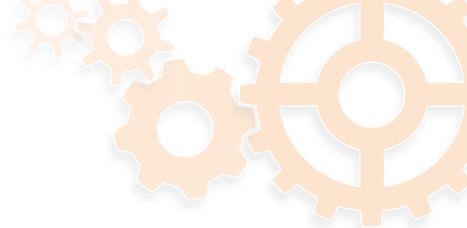
—Sí, papá, pero de carrerita quiero darle una noticia buenísima: Fíjese que voy a entrar a un grupo de baile folclórico que la fábrica apoya, nos van a comprar el vestuario, y nos dan chance de ensayar en el salón grandote; además, cuando ya bailemos bien, nos van a llevar de gira y podremos conocer otros lugares de la república, ya ve que a mí me gusta mucho bailar y viajar, y...



—Ni que estuvieras loco, eso es *pá maricones* y en mi casa sólo quiero hombres, ¡hombres! Yo no acepto esas cosas, así que si quieres entrarle al bailecito, ¡te largas de mi casa!, ¿entendido? Ya me amargaste el café, mejor me voy.

Don Miguel sale dando un portazo. El joven se queda aturdido y enojado. Mira a su madre y sale sin decir palabra alguna, mientras la mujer ordena sus pensamientos.

—Caray, cuando no es una cosa es otra peor. Miguel quiere que todos sientan y piensen como él. No se da cuenta de que cada quien tiene sus ilusiones. Pues, ¡qué tiene de malo que al muchacho le guste bailar! A ver si ahora que regrese está de mejor humor para hablar. Aunque de seguro yo también voy a salir raspada.



Miguel, mientras tanto camina con fuertes zancadas, como queriendo espantar las malas ideas, y se encuentra con Rosita, su novia, que lo esperaba ansiosa.

—¿Qué pasó, siempre sí te animaste? A poco no te gustaría ser mi pareja en el Jarabe tapatío. ¿Sí o sí?

Miguel sonríe tristemente y le cuenta a la joven el mal rato que acaba de pasar.

—**¿Sabes cómo se llama eso, Rosita? Falta de respeto. Mi padre no me respeta, no respeta mis decisiones, quiere que yo sea como un robot de su propiedad.**

—¿Qué tiene de malo querer hacer algo artístico?

Miguel continúa después de un doloroso silencio.

—Ya ves lo que nos dijeron el otro día en la conferencia de “Calidad de vida”. Eso de que necesitamos desarrollarnos también en la rama del arte que nos guste. Me late que me voy a tener que salir de mi casa muy pronto.

Los muchachos se suben al colectivo, que desaparece en el tráfico.

Don Miguel, aparentemente, está concentrado en su trabajo de la fábrica. Aunque en realidad se siente intranquilo y a disgusto consigo mismo.



—La mera verdad, me oí a mí mismo como viejito porfiriano. Qué tiene de malo que a mi muchacho le guste bailar, yo mismo siento mucha alegría cuando oigo música mexicana y hasta solitos se me mueven los pies.

Está tan ensimismado que no advierte una sombra que se acerca a su espalda.

—Don Miguel, quiero agradecer su apoyo —le dice José Mendiola, un compañero de trabajo, mientras le estrecha la mano afectuosamente.

—Siempre lo he tenido por una persona amable y respetuosa, gracias por cederme el lugar más cercano a la bajada del transporte de la fábrica. Ya ve que es muy lenta esta pierna mía, y usted, en lugar de vacilarme también, como todos los demás, me hace sentir como persona.

—No, hombre, yo coopero con mucho gusto; siempre he pensado que si todos nos dejamos llevar por la buena voluntad, nos vamos a entender mejor.

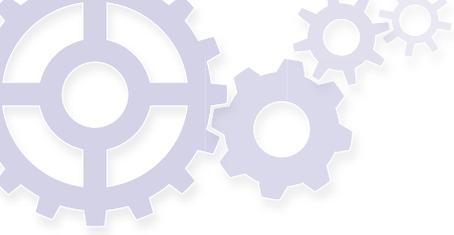
—Hasta luego, don Miguel, si se le ofrece algo que esté en mi mano, avíseme. Y ya vámonos, porque ya hace hambre y esta jornada ya se terminó. ¡Hasta mañana!



Cuando llega a su casa, saluda a su esposa y le dice:

—Ya, mujer, cambia esa cara, tuve todo el día para pensar en lo mal que me porté con el muchacho. Cuando llegue le voy a decir como dijo don Benito Juárez: “el respeto al derecho ajeno es la paz”, y la tolerancia es la mejor forma de convivir en el trabajo y con la familia.





Valor: Compromiso

Actitudes: Responsabilidad, integridad, perseverancia

El que persevera, alcanza

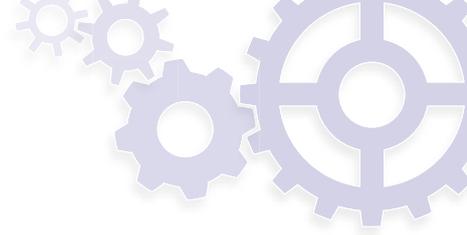


Evelia trabaja en la tortillería “La Tortilla Feliz” desde hace seis años. Su labor es pesada, requiere de un esfuerzo extra de adaptación. San Blas, que es la ciudad donde vive, es de clima difícil, caliente y húmedo, lo que incuba enfermedades de todo tipo.

En las horas que hay más actividad, la tortillería alcanza una temperatura de 45 grados, sobre todo en la estancia donde se hacen las tortillas. Tal vez por eso, su patrón, don Chuy, a sus 60 años de edad, acaba de ser hospitalizado ese día, por una pulmonía.

Eve, como la llaman cariñosamente, es la empleada más antigua. Su patrón es un hombre solitario que no tiene familia, ni amigos muy cercanos, y se apoya mucho en ella; así que en diferentes ocasiones le ha tocado a ella solucionar problemas.

De tal manera que don Chuy puede estar tranquilo en su lecho de enfermo, sabiendo que ella puede hacerse cargo y resolver momentáneamente alguna contingencia.



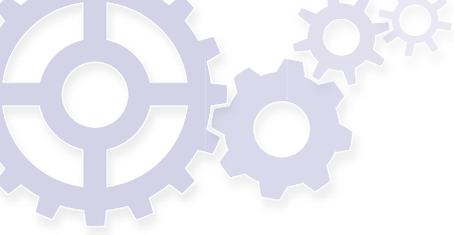
Eve se programa para llegar más temprano que de costumbre, por si acaso Rosenda, la encargada del aseo, no llega a tiempo. Y, dicho y hecho, Chenda no se presenta en todo el día. Evelia termina de asear el local y se da cuenta de que Bety, su ayudante, lleva 10 minutos de retraso; así que se apresura a meter la masa en la máquina ablandadora, calculando perfectamente bien la temperatura y la cantidad exacta de agua para que quede manejable.

A su vez, la atareada mujer tiene que realizar su propio trabajo y encender la máquina que cuece las tortillas. Para los que no han hecho esta actividad puede parecer muy fácil, pero es casi un arte lograr que salgan tortillas redonditas, bien cocidas, sin quemar, con el grosor perfecto, con la textura y la cantidad de humedad óptima y que, a la vez, los clientes admiren, mientras esperan a ser atendidos, una máquina reluciente de limpia.

Comienzan a llegar los clientes. Eve se multiplica corriendo para un lado y para otro, y en su imaginación está presente la expresión preocupada de su patrón cuando iba subiendo a la ambulancia que lo llevaba al hospital.

—Eve, confío en ti, vigila a las muchachas, ya ves que necesitan que uno les esté recordando sus deberes. ¡Ojalá que ellas tuvieran la mitad del sentido de compromiso que tienes tú!

—No se preocupe, don Chuy, aquí estoy yo para apoyarlo.



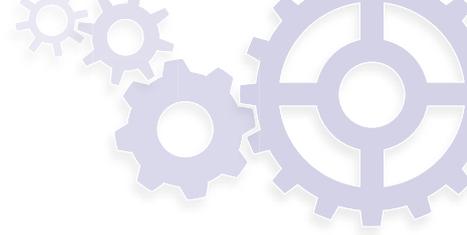
Y Evelia suspira hondo, cargando las baterías que necesita para cumplir con todas las tareas y atender bien al público, sintiéndose satisfecha, feliz, a pesar del agobiante trabajo.

En medio del ajetreo, pronto llegan las tres y media de la tarde, que es su hora de salida.

Está a punto de tomar su camión en la esquina de la tortillería, cuando un hombre le pregunta amablemente:

—Disculpe, señorita, ¿podría hacerle unas preguntas? Soy Jaime Osuna, trabajo para el periódico *El observador* y estoy haciendo un reportaje. Bueno, la verdad es que me llamó mucho la atención cuando pasé por aquí y vi que usted es la única empleada. Esta tortillería tiene muchos clientes, ¿por qué no tiene ayudantes?





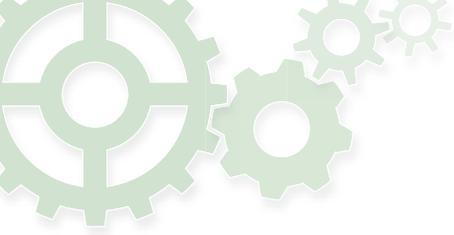
—Somos tres trabajadoras, pero hoy sólo me presenté a trabajar yo. Don Chuy, mi patrón, está hospitalizado. Él confía mucho en mí, y yo no le puedo fallar.

El periodista sigue entrevistándola y, cuando termina, Eve se aleja sonriendo satisfecha, porque sabe que ese día ha cumplido con su deber.

El día siguiente llega más tranquilo, pues ya se han presentado sus compañeras. Así se van sucediendo los días hasta que don Chuy es dado de alta. Una mañana en que, para variar, Eve está haciendo dos trabajos a la vez, su patrón le avisa que tiene una llamada telefónica. Ella acude apresuradamente y se queda asombrada cuando le anuncian que acaba de ser nominada como la mejor empleada de la ciudad.

Su nombre entró en un concurso entre otros muchos nombres y salió ganadora de una casita en la colonia Colima. Evelia cree que está soñando, no lo puede creer, pero cuando su interlocutor se identifica como Jaime Osuna, ella lo recuerda y siente que todo es verdad.

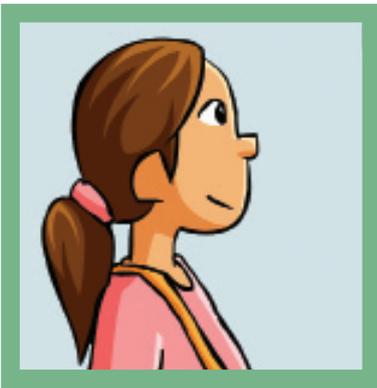
El periodista la felicita por su responsabilidad e integridad y le pide que vaya a la delegación del Congreso del Trabajo, pues ahí le van a dar las llaves de su nueva casa, y le van a hacer un homenaje por vivir de acuerdo con el valor de compromiso que debe tener un buen trabajador.



Valor: Superación

Actitudes: Iniciativa y apertura al cambio

Cosas bien pensadas, acciones acertadas



Tan concentrada está Lolita en sus pensamientos que no se da cuenta que la máquina a su cargo se atora y comienza a vibrar peligrosamente, desviando el corte perfecto que debe realizar sobre la piel de cabra.

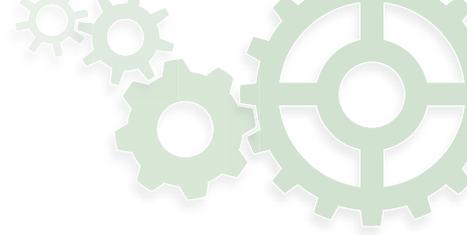
—¡Hey, Lolita, cuidado ahí, desatora la pieza! —le grita el jefe de línea que, alarmado, corre hacia ella, que despierta rápido de su ensueño y compone la situación.

—Perdone, don Luis, no me di cuenta.

—Aquí no nos podemos dar el lujo de distraernos, eso es costoso y peligroso, que sea la última vez, ¿entendido?

El hombre se aleja y Lolita se siente muy apenada.

—Eso me pasa por estar distraída, traigo tantos pensamientos revoloteando por la cabeza que no me dejan concentrar.



—¿Qué paso, Lolita, no se dañó la pieza? —le pregunta doña Carmen, su compañera más cercana.

—No, yo creo que esta máquina no está perfectamente calibrada, es la segunda vez en este mes que se me atora.

—Yo más bien creo que estás distraída. ¿Qué te pasa?, ¿tienes algún problema?

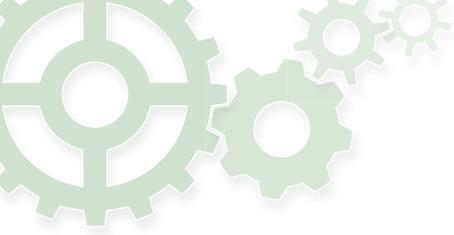
—No, Carmelita, la verdad no estoy concentrada en lo que estoy haciendo, y es que ya me anda por salir y correr al departamento de capacitación para informarme del curso que están anunciando desde el mes pasado, hay que inscribirse hoy. La verdad me gustaría mucho tomar clases de computación y quiero hacer el examen para obtener la beca que está ofreciendo la fábrica.

Lolita se queda abstraída unos segundos para después preguntarle a su compañera:

—¿Usted cree en los presentimientos que se tienen durante los sueños?

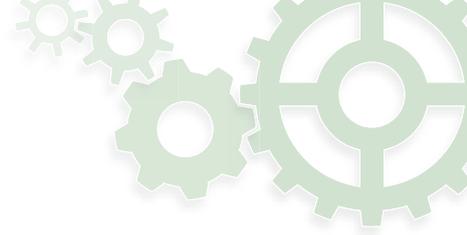
Carmelita asiente mientras se escucha el aviso de que ha terminado la jornada de trabajo. Las dos mujeres se encaminan al reloj checador, mientras Lolita cuenta su sueño.

—Hace poco más de un mes, soñé que llegaba a la fábrica y en mi lugar encontraba una máquina muy



rara, tan reluciente que parecía de oro puro. Tenía integrado un asiento comodísimo con unos pedales que se movían al menor contacto. A un lado estaban unos zapatos hermosísimos que yo sabía que habían sido hechos en esa máquina, pero a la hora de tratar de ponérmelos, las suelas no estaban cocidas al resto del zapato. Cuando uno metía los pies a las zapatillas le invadía una sensación de felicidad y ganas de bailar una música preciosa, pero era imposible levantarlos, pues se deformaban y desbarataban. Y entonces era desesperante la emoción. El tiempo no era importante, pero de alguna manera, a medida que pasaba, aumentaba el desasosiego. Así continuaba durante horas, hasta que por algún lado encontré una conexión para el cable de cristal que se encontraba tirado en el piso. Don Luis, el supervisor, pasó corriendo y me advirtió que si no lo enchufaba en el lugar preciso podía electrocutarme. De momento, me puse muy temerosa, pero pudo más mi deseo de terminar de coser aquellos zapatos y continué aceptando el peligro. Oprimí el pedal y la máquina emitió un sonido musical que pude traducir como: “estoy casi lista, pero no todo es coser y cantar, se necesita el ingrediente principal”.

—Aquello me pareció una adivinanza en el justo momento en que me di cuenta de que no tenía hilo enhebrado para coser. Eso me devolvió al desconuelo, y pensé que aquella máquina tenía vida, se parecía a mí misma dispuesta a hacer bien mi trabajo, pero sin lo principal, que es el hilo para coser, es decir, el conocimiento. Me doy cuenta de que, aho-

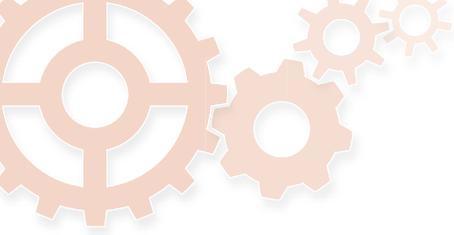


ra, los conocimientos me dan la información precisa para unir las acciones con la eficiencia.

La verdad, doña Carmelita, me di cuenta de esto después de estar piense y piense que puedo aspirar a mejorar por medio de la superación. Nunca reprobé en la escuela, lo que quiere decir que echándole ganas puedo lograrlo, y, ¿sabe qué?, pues en este momento me acabo de decidir y pase lo que pase me voy a preparar para aprobar el examen y estudiar algo que me llame la atención y va a servir para hacer mi mundo mejor.

Carmelita abraza a la joven, le desea éxito y suspira preguntándose si también ella puede acompañarla con iniciativa y apertura al cambio por el camino de la superación.





Valor: Servicio
Actitudes: Humildad, bondad

Más vale tarde que nunca



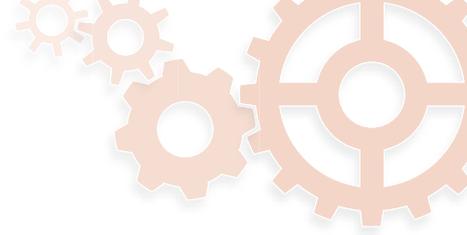
Alma es una enfermera eficiente, aunque de mal carácter. A la mitad del camino se dio cuenta de que hubiera querido ser doctora, no enfermera, pero le faltó dinero y valor para reconocer su error. Se ha resignado y trabaja sin disgusto, siguiendo las instrucciones de sus superiores y las reglas al pie de la letra.

Emilia, su compañera de trabajo, es el reverso de la medalla. Siempre está bromeando, constantemente feliz, sin entender por qué todos son tan serios.

—Hola, Alma, ¿quieres un pedacito del pastel de cumpleaños de Juanito, el niño de la cama 26?

—Claro que no, está prohibido comer y traer comida que no sea la del hospital.

Alma se aleja con cara de enojo y Emilia se queda pensando que hasta ese momento sus esfuerzos por ser amiga de Alma habían fracasado.



—No sé qué le pasa, siempre está de malas, corrigiendo a todo el mundo y provocando desunión y pleitos.

El turno termina y las dos mujeres se encuentran en la puerta del hospital. Alma se dirige hacia su automóvil, aunque sabe que Emilia no tiene coche y ya no pasará el micro, pues es muy tarde, simplemente voltea a ver a Emilia con gesto de desprecio.

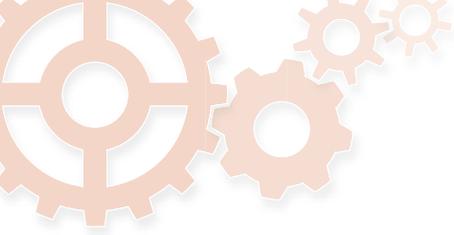
A Emilia la hace sentir mal la actitud de Alma y la observa alejarse rápidamente.

Al otro día, el doctor Ramos está bromeando con Emilia, en la isla de enfermeras del hospital, y no se dan cuenta de que Alma pasa apresuradamente rumbo al elevador. El hombre lo advierte y le pregunta amablemente:

—Almita, ¿va usted a la farmacia?, por favor reporte esta lista de lo que se necesita en este piso.

—Lo siento, doctor Ramos, voy a la farmacia, pero sólo a checar un dato y regreso inmediatamente, ¿por qué no manda a Emilia que no tiene nada que hacer?

Los dos se quedan mudos e incómodos, optando por irse a lugares opuestos. A su regreso, Alma se molesta mucho al encontrar la puerta del gabinete de las medicinas abierto e inmediatamente culpa a Emilia. La saca de quicio el desorden y la falta de responsabilidad, y decide ir a acusarla con la jefa de enfermeras.



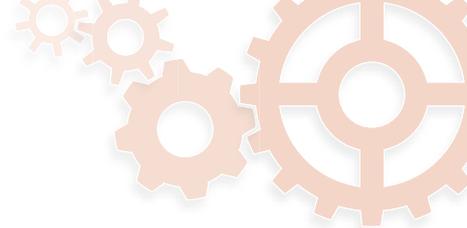
Cuando llega al cubículo de ésta, le explica muy enojada la falta de su compañera, esperando castigo para Emilia, pero Delia sólo la mira fijamente y le dice:

—Enfermera, su trabajo aquí no es andar espiando a su compañera. Usted ya lleva cinco minutos de retraso en su segunda ronda de chequeo a sus pacientes. Asuma sus obligaciones y déjeme a mí la supervisión de ustedes. Alma se aleja muy ofendida.

—No, pues qué bien, fui por lana y salí trasquilada. No sé qué le ven a esa irresponsable, en cambio yo soy tan diligente y nadie me hace caso.

Transcurrieron varios días, en los que Alma encontró siempre algún motivo que agregar a su lista de reproches para su compañera, pues no se daba cuenta de que la falta de humildad no le permitía recordar que su principal misión es servir a los pacientes. Su prejuicio la cegaba, no le permitía entregar toda la capacidad de servicio, que sin duda, tenía.

Un día, Alma se da cuenta de que la medicina que estabiliza a Juanito, el de la cama 26, no se encuentra entre sus medicinas y encuentra la caja sobre el escritorio de reportes. Con una sonrisa de burla la recoge y la guarda en su bolsillo y al ver el horario en el que debía ser administrada sonrío ante la posibilidad de incriminar a Emilia sin pensar en la necesidad de dar al niño el medicamento.



Después de terminar su jornada, recoge sus cosas y se va a descansar. Al otro día en el elevador escucha silenciosamente conversar a dos compañeras:

—**Juanito está muy grave, pues Emilia no dio al niño el medicamento porque no lo encontró en la charola de las medicinas.**

—Y, ¿dónde está Emilia?

—En la dirección, yo la vi pasar. El niño aún no está fuera de peligro, la pobre iba llorando.

Alma siente que se hunde el piso, la culpa le nubla los ojos y le atenaza la garganta. Cuando al fin se recupera, se encamina a la dirección a contar su verdad. Es lo menos que puede hacer ante su falta, ya que por un mal entendido valor de servicio pudo haber provocado una tragedia.





Valor: Armonía
Actitudes: Paz y bondad

Un concierto de buenas voluntades



Por donde quiera que Miriam pasa hay sonrisas, actitudes alegres, miradas sossegadas. Pero, ¿cuál es el secreto de esta modesta costurera de fábrica? Que simplemente evita perder la calma. Se mantiene serena y expresa con respeto su enojo, para después atender amablemente al que no está de acuerdo. La armonía es natural en ella, su corazón pacífico ve fiesta en todas las moradas.

Bueno, eso es ahora, porque ayer aprendió que sólo puedes tener paz, si tú la ofreces.

La falta de armonía es como traer un par de zapatos que te aprietan el día de tu cumpleaños. O llegar a tu trabajo sin que nadie te dé los buenos días, o que nadie se atreva a pedirte un favor. O que tal vez al fin de la jornada no hubo quién en todo el tiempo te haya sonreído o desee guardarte cerca del corazón.

La bandera de Miriam es la armonía, tan necesaria en el trabajo como el pan y el agua que ali-



mentan y la esperanza secreta de reflejarnos con alegría y paz.

Si yo fuera músico, diría que Miriam es un concierto de buenas voluntades para crear canciones de justicia y respeto.

Si considerara el orden de las cosas como un ingeniero, sin duda pensaría que esta agradable joven levanta cimientos fuertes y derriba paredes con su armonía.

Ahora que si vemos la vida como un jardinero, Miriam sería una persona armónica que siembra. Siembra sueños y siembra confianza, porque la fe ayuda a asumir la responsabilidad de la vida y los sueños son la semilla de la realización personal.

Miriam sabe que debemos quitar cualquier obstáculo que nos desarmonice con las personas cercanas a nosotros.

Bueno, eso es ahora porque ayer aprendió que el todo es mayor que la suma de sus partes.

Y, pensándolo bien, debo contarles el secreto de Miriam: de niña, ella no comprendía lo que es la armonía. La encontró en la historia de la vida de Francisco de Asís que le contó su abuela. Después, en la historia de Gandhi que escuchó en la escuela, y ya trabajando en la fábrica de ropa, en la vida de Alfonso García Robles, un Premio Nobel de la Paz





que vio en la tele. Actualmente, en su hijo Pablito de cinco años, que en el parque de juegos siempre anda conciliando a sus amiguitos para que no se peleen por cualquier cosa.

El secreto de Miriam es que sabe atesorar las lecciones de las vidas de otros porque la armonía es la voluntad del universo y el amor es su fuerza.



Valor: Perseverancia
Actitudes: Tenacidad y optimismo

El ideal no es sino la verdad a distancia

Ana y Lucía se conocían desde niñas, siempre habían sido vecinas y trabajaban en la misma fábrica de ropa. A las dos les gustaba ahorrar. Un día decidieron unir su dinero para emprender un negocio que les permitiera aumentar su capital.

Durante muchas mañanas, antes de ir a cubrir su turno vespertino de trabajo, se reunieron para planear la mejor manera de invertir, pero no se les ocurría nada.

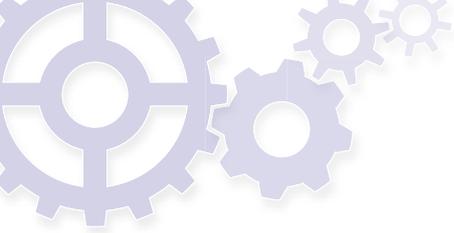
—La verdad, no pensé que fuera tan complicado encontrar algo seguro en qué trabajar por nuestra cuenta y así prever el futuro.

—Es que los tiempos son difíciles, los sueldos sólo alcanzan para lo indispensable.

Una mañana de domingo que salieron a caminar, sus pasos las llevaron hasta un vivero en cuya puerta estaba un letrero de “se traspasa”.

Ellas se miraron y sintieron que aquel era el negocio que andaban buscando. A las dos les encantaban las flores y las plantas, y las dos tenían abuelas que les habían enseñado el arte de la jardinería.





Entusiasmadas, tocaron. Un anciano las invitó a pasar, y ya adentro se dieron cuenta de la desolación. Por dondequiera se veían macetas con plantitas moribundas o muertas. En los prados, sólo tierra agrietada y seca donde en un tiempo floreció la vida.

—¿Vienen ustedes a preguntar por el traspaso? —les pregunta don Manuel, el encargado del vivero.

—Sí, señor —le contestan las muchachas, ya un poco arrepentidas de haber tocado, pues se esperaban otro panorama.

—Sí, se ve un poco triste, pero la tierra es buena. Lo que pasa es que he estado muy enfermo y no he podido trabajar, por eso lo traspaso, pero unos brazos jóvenes y sanos como los de ustedes harían maravillas. ¡Anímense, casi lo estoy rematando!

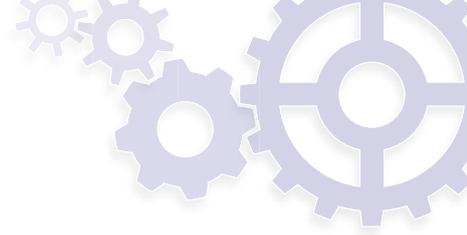
Las muchachas llegan a un acuerdo muy conveniente con don Manuel y apenas dos días después ya están tomando posesión de su negocio.

—¡Ay, Anita, no sé ni por dónde vamos a empezar!

—Mira, Lucy, yo creo que hay que hacer un plan de trabajo para organizarnos con el tiempo. Ya sé que esto está muy abandonado, pero ya verás que pronto va a transformarse: “en lo bueno, para que sea virtud, ha de haber perseverancia”.

Ilusionadas, las dos jóvenes comienzan a limpiar el lugar, después de haberlo planeado, porque además,





tienen que cumplir por las tardes con su trabajo en la fábrica.

Así se llevan varios días, hasta que, por fin, después de limpiar, plantar, nutrir y cuidar, contemplan su jardín hermosamente transformado.

—Bueno, amiga, ahora sí podemos recibir a nuestros futuros clientes. Vamos a abrir las puertas para que entren.

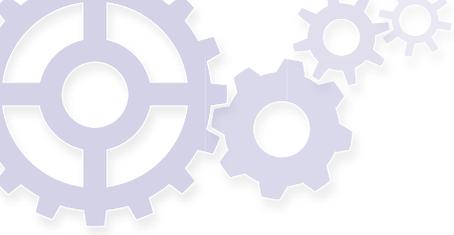


Con nerviosa expectación, Ana y Lucía esperan, pero nadie llega en todo el día, ni al otro y, poco a poco, se van atemorizando al pensar que invirtieron en el negocio equivocado. Sin embargo, se les ocurre hacer una venta especial por inauguración, tratando de atraer clientes.

—El trabajo es que entren y vean qué hermosas flores tenemos aquí, ya verás Ana que esta vez vamos a vender bien. Recuerda lo que dijo Napoleón: “la victoria pertenece al más perseverante”.

Las amigas, alarmadas, deciden ir a darse una vuelta por el vecindario y advierten que seis manzanas enteras (en las que había más viviendas) habían sido compradas por una gran empresa que las había derribado para construir dos plazas con locales comerciales.

Desanimadas, no saben qué hacer. Incluso Ana propone vender, pero se dan cuenta de que casi perderían toda su inversión y, por otro lado, faltarían las cuentas que hay que pagar, como agua, abono y muchas cosas más.



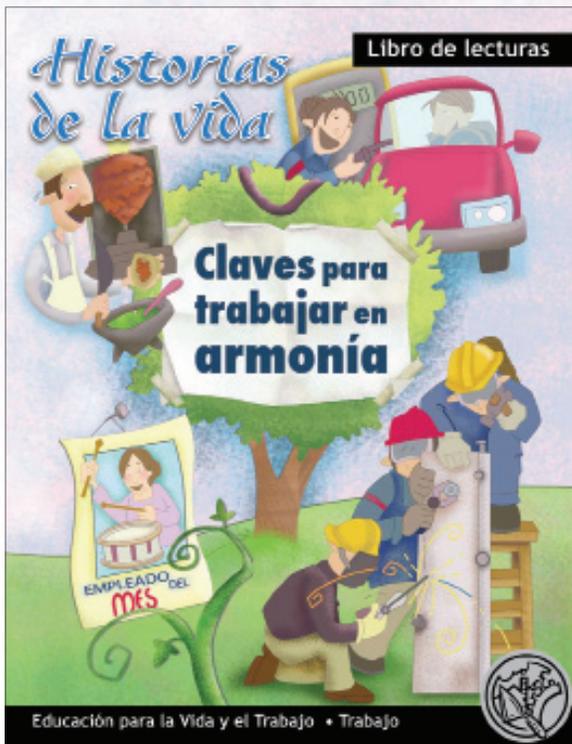
—Amiga, te propongo que salgamos a vender nuestras plantitas en los tianguis de la ciudad, aunque sea un doble esfuerzo, pues no queda de otra, ya sabes mi lema: “el que persevera alcanza”.

Y así recorrieron siete diferentes colonias, los siete días de la semana, para poder pagar sus compromisos más urgentes. Hasta que el azar las vuelve a llevar a la zona donde ya están inaugurando las plazas comerciales, cerca de su vivero. Se percatan de que ahí están sólo instalados comercios de comida, y a la perseverante Lucy se le ocurre que todo mejorará si se dedican a cultivar yerbas de olor para sazonar los platillos que cocinan en los restaurantes.

La intuición les dice que ese es el camino, y ponen manos a la obra con buena suerte y buena tierra para dicho cultivo. Es tal su éxito, que al poco tiempo venden por toda la ciudad y deciden industrializar sus productos. Incluso importan especies

y plantas exóticas, creando una fuente de trabajo para veinte personas (para comenzar), porque el negocio irá creciendo con tenacidad y optimismo.





Historias de la Vida te presenta una serie de relatos sobre la vida diaria de diversas personas que como tú, enfrentan problemas y situaciones adversas, pero también aprenden a solucionarlos.

Te invitamos a que recorras sus páginas y vivas junto con nuestros personajes experiencias únicas, no por que no sucedan a diario, sino porque ellos han logrado transformarlas en aprendizajes para la vida y el trabajo.

Su lectura te transmitirá emociones, a veces de frustración y preocupación, pero también de deseos de superación para lograr cosas importantes.

Pero sobre todo, nuestros personajes te permitirán acompañarlos para reconocer diferentes valores y la manera en que ellos los viven así como también

actitudes frecuentes que a veces tenemos o que otras personas nos demuestran.

Cada historia es parte de una vida diferente, quizá te reconozcas en alguno de los personajes, pero sobre todo, nuestros relatos te dicen que de la vida diaria puedes aprender muchas cosas útiles para tu vida, si sabes reconocerlas.

Léelas con atención y emoción para vivirlas junto con los personajes, que sólo desean mostrarte algo de sus vidas para que te sirvan de enseñanza.



DISTRIBUCIÓN GRATUITA